

solo las madres quedaban aun en el árbol, y como en el mismo instante se posara en él una garza, disparé y brilló un relámpago en medio del crepúsculo. El jefe retrocedió entonces; todos los monos huían hacia la parte mas elevada del árbol; cada cual buscaba un refugio; todo eran gritos, gruñidos, saltos de una rama á otra; y segun se repetían las detonaciones, haciase mas critica la situacion de los monos, de modo que todos ellos se hallaban dominados por el terror. Miles de planes debieron surgir en aquellos cerebros siempre tan activos; ninguno se ocupaba de su compañero; los tiros acabaron por trastornarlos, y algunos que saltaban al suelo, sobrecogidos de un nuevo pánico, volvian á subir al árbol para ocultarse en las mismas ramas abandonadas un minuto antes. Al fin volvió á reinar la calma en la copa del árbol; cada individuo habia resuelto estrechase lo mas posible contra el tronco, y las aves asustadas un momento por las detonaciones, volvian siempre á su sitio favorito, segun pude observar durante la noche. Despues de los últimos tiros no oí mas que gritos plañideros entre los monos, y hacia ya mucho tiempo que habia vuelto yo al barco cuando el jefe de la bandada comenzó á lanzar los gruñidos destinados á tranquilizar á sus hijos.

COMBATES.—Estos monos no deben temer á los mamíferos carnívoros, pues son demasiado ágiles para caer entre sus garras, y cuando mas, se da el caso de que el leopardo pueda coger algun mono jóven demasiado imprudente. De las aves de rapiña, los cercopitecos saben defenderse reuniendo sus fuerzas. El águila azor de moño (*Spizaetos occipitalis*), una de las aves de rapiña mas audaces del país, rara vez ataca á los monos, y en todo caso no lo hace nunca dos veces, segun he podido convencerme por mis propios ojos. Cierta dia que cazaba en las selvas vírgenes, oí de repente sobre mi cabeza el aleteo de un águila azor, y un instante despues resonó un terrible grito de mono: el ave acababa de precipitarse sobre uno jóven, aunque bastante fuerte, al que se proponia llevarse entre sus garras; pero impediásele la posicion que habia tomado el animal. Este enlazaba estrechamente una rama con sus cuatro miembros, lanzando gritos de angustia: acto continuo toda la bandada se puso en movimiento, y en menos de un minuto vióse el águila rodeada de una docena de grandes monos, que se arrojaron sobre ella haciendo gestos horribles y aturdiéndola con ruidosos gritos. Cogida por todas partes, la ladrona olvidó su presa, y solo trataba ya de salir del mal paso en que se habia metido; pero los monos apretaban de firme, y habrían acabado por ahogarla si despues de grandes esfuerzos no hubiera conseguido por fin librarse de las manos de sus enemigos. El águila se elevó rápidamente por los aires, y las numerosas plumas que revoloteaban por el espacio, daban á conocer que habia pagado bien cara su libertad. Dudo que aquel águila haya atacado otra vez á los monos.

Tan poco temen estos animales al hombre como á los carnívoros; pero los reptiles en general, y especialmente las serpientes, les causan, por el contrario, un miedo invencible. Así pues, cuando quieren coger el nido de un pájaro que se halla en algun hueco de árbol, adoptan las mayores precauciones, por temor de encontrar serpientes, que segun se sabe, duermen con frecuencia en tales nidos.

En varias ocasiones he podido observar que cuando encuentran un árbol hueco, examinan si está habitado por algun reptil: para asegurarse de ello, comienzan por mirar, aplicando luego el oido, y cuando ni este ni la vista les anuncian la presencia del enemigo, introducen el brazo, pero siempre con mucha vacilacion. Nunca se da el caso de que un mono meta el brazo bruscamente en el tronco de un árbol; adelanta con lentitud la mano, tiente, escucha y mira despues

de cada movimiento. He tenido otras pruebas aun mas palpables del temor que les inspiran las serpientes, pero ya se hablará de esto en otro lugar.

La propagacion de los cercopitecos libres no parece limitarse á una estacion determinada. En cada bandada se encuentran crias, pequeños que se hallan aun bajo la tutela de sus madres, y jóvenes emancipados, es decir, que no las necesitan ya. Casi todas las especies se propagan fácilmente en nuestros jardines zoológicos y casas de fieras.

DOMESTICIDAD.—Durante mi larga permanencia en Africa he tenido siempre un gran número de monos aprisionados, entre los que habia ordinariamente cercopitecos. Puedo asegurar que cada uno de esos curiosos animales tenia su carácter propio, y daba motivo continuamente á observaciones llenas de atractivo é interés. Uno era pendenciero y maligno; observábase en otro una expresion de contento y dulzura; un tercero era moroso, y cuarto muy divertido; este se distinguia por su tranquilidad y sencillez; aquel, lleno de malicia, solo pensaba en hacer trastadas. Todos ellos estaban acordes en idear travesuras contra los animales de mayor tamaño, y protegían y cuidaban, por el contrario, á los mas débiles. Sabian acomodarse á todas las posiciones; daban diariamente nuevas pruebas de una inteligencia desarrollada, de tener reflexion y perspicacia, y mostrábase á la vez dóciles, afectuosos y hasta adictos á otros seres. Estas numerosas cualidades me inspiraron un verdadero cariño hacia alguno de aquellos monos.

En un viaje que hice al rio Azul, los habitantes de un pueblo de las orillas me ofrecieron un dia cinco cercopitecos: como el precio que pedían era muy módico (un franco veinticinco céntimos de moneda francesa por cada uno) y abrigaba la esperanza de encontrar en aquellos animales una distraccion agradable, los compré y conduje al buque, atándolos á un costado. Sin embargo, parecia que mis esperanzas debían defraudarse, pues los monos permanecieron sentados, tristes y silenciosos, el uno junto al otro; cubriábase la cara con las manos, cual pudieran hacerlo verdaderos niños; no comían, y dejaban oír de vez en cuando gruñidos lastimeros, que debían expresar evidentemente todo el dolor de su nueva situacion.

Acaso se consultaban sobre los medios de escaparse, y el hecho que ocurrió durante la noche no me pareció extraño á sus gruñidos. Al dia siguiente por la mañana no encontré mas que uno solo de los monos; los otros cuatro se habian fugado á los campos, siendo de advertir que ninguno de ellos cortó la cuerda con sus dientes; los astutos tunantes habian deshecho el nudo, huyendo en seguida sin pensar en el compañero que dejaban cautivo.

El mono que me quedaba era un macho, y yo le puse por nombre *Koko*. Sufrió su suerte con mucha dignidad y resignacion, si bien es cierto que habia reconocido muy pronto que no podria nunca deshacer el nudo que le sujetaba, opinion que yo traté de confirmar en cuanto me fué posible. Como verdadero filósofo, y resignado ya, *Koko* se decidió desde el dia siguiente á comer los granos de trigo que le dieron. Estaba furioso, no obstante, contra todos nosotros, y mordía al que se acercaba. Sin embargo, parecia desear un compañero, y para ello, despues de pasar como una revista á los demás animales que se hallaban á bordo, eligió al sér mas extraño de toda la coleccion, que era un calao-rinoceronte, ave procedente de los mismos bosques que él. Acaso le sedujera el aire bonachon de aquella ave, y el caso es que su amistad llegó á ser pronto muy íntima. *Koko* se mostraba asaz insolente con su protegido, y este lo sufría todo de él, pues aunque libre, y pudiendo ir donde quisiera, aproximábase con frecuencia por su propia voluntad al mono, el cual

solia atormentarle por todos los medios posibles. Sin tener en cuenta cuál era el ropaje de su amigo, buscaba parásitos bajo las plumas, precisamente lo mismo que si se hubiera tratado del pelaje de un mamífero, y al cabo de muy poco tiempo, el ave pareció acostumbrarse, pues levantaba las plumas apenas comenzaba el mono la operacion. Por mas que *Koko* le estirase el pico, las patas, el cuello, las alas ó la cola, el buen calao no se incomodaba, hasta que al fin acabó por permanecer siempre cerca de su protector, comiendo el pan que tenia delante y complaciéndose en provocar á su amigo para que se ocupase de él. Los dos animales vivieron en la mayor intimidad durante varios meses, y aun despues de nuestro regreso á Chartum, que fué cuando el ave podía pasearse libremente por el patio.

La muerte del calao cortó aquella tierna amistad, y *Koko* se aburría al verse ya sin compañero. Entonces trató de trabar conocimiento con algunos gatos que casualmente pasaban por delante de él; pero no recibió sino arañazos como muestra de su simpatía. Hasta se dió el caso de que una vez tuviese que trabar con un gatazo viejo un combate muy sério, que fué acompañado de maullidos, gruñidos y gritos terribles; la victoria estuvo indecisa algun tiempo, pero el gato, que á decir verdad habia sido atacado de improviso, fué el primero en tocar retirada.

Un monito que habia perdido su madre, ocupó en el corazon de *Koko* el inmenso vacío que dejara la muerte de su primer compañero. Apenas vió al pequeño animal, abandonóse á una explosion de alegría y le tendió los brazos; el monito, que estaba libre, corrió al momento hacia *Koko*, que casi le ahogó con sus demostraciones cariñosas, y prorumpiendo en gruñidos de satisfaccion, comenzó inmediatamente la tarea de limpiar su pelaje, muy descuidado hasta entonces. Rascábase y le quitaba cuidadosamente las espinas que se adhieren al cuerpo de los mamíferos en esos países cubiertos de cardos y de breñas, y despues comenzaban de nuevo los abrazos y otras pruebas de ternura. Si uno de nosotros trataba de quitarle su protegido, enfureciase *Koko*, y cuando ya le teníamos en nuestro poder, quedábase triste é inquieto, como si hubiera sido la madre del pequeño huérfano. Este, por su parte, manifestaba mucho cariño á su bienhechor y le obedecía en todo.

Por desgracia murió el monito tambien á las pocas semanas, á pesar de todos los cuidados que se le prodigaron, y tanta fué la pena de *Koko*, que parecia estar fuera de sí. He podido observar á menudo animales agobiados de tristeza, pero nunca he visto uno tan afligido como aquel mono. Cogía con sus brazos el cadáver de su amigo, le acariciaba y abrazaba, dejando oír los mas dulces sonidos; sentábase en el sitio que preferia de costumbre, y al verle caer como una masa inerte, comenzaba de nuevo á lanzar gritos lastimeros que daba pena oír. Los gruñidos adquirieron entonces cierta expresion de dolor que no tenían antes; eran cada vez mas tristes y sonoros, y revelaban el sentimiento mas profundo á la vez que una gran desesperacion. Esforzábase el mono en reanimar al sér que acababa de morir, y viendo que sus esfuerzos eran inútiles, exhalaba de nuevo sus quejas y lamentos. Su dolor le habia ennoblecido y á todos nos conmovió en extremo. Mandé al fin retirar el cuerpo, porque algunas horas habian bastado para que se manifestara la descomposicion, y luego tiraron el cadáver por una pared muy alta. *Koko*, que nos observaba atentamente, se revolcó como un loco, hizo pedazos sus ligaduras en pocos minutos, saltó por encima de la pared, buscó el cadáver y lo trajo en sus brazos. Atamos á *Koko* de nuevo y se le quitó el cuerpo por segunda vez, pero volvió á romper las cuerdas que le sujetaban y buscó á su difunto amigo, hasta que por fin le enterra-

mos. Media hora despues habia desaparecido *Koko*, y al dia siguiente supe que por el prado vecino andaba un mono domesticado, cosa que extrañé porque nunca se habian conocido allí esos animales.

Al mes siguiente recibí una hembra de cercopiteco con su hijuelo y pude espiar cómodamente la conducta de la madre con su pequeño; este murió muy pronto, aunque nada le faltaba; á partir de aquel momento, la madre no quiso comer y dejó de existir á los pocos dias.

Sin embargo, he podido descubrir en muchas ocasiones la malignidad de esas mismas especies, y si algunas veces son muy divertidas, otras causan grandes molestias.

Uno de mis amigos tenia uno de esos pequeños monos, que le era muy fiel, pero al que no pudo acostumbrar nunca á la limpieza. Mientras jugaba con su amo, manchábale con frecuencia la ropa de la manera mas desagradable; ni los golpes ni otra clase de correctivos, que se emplean comunemente en este caso, produjeron nunca el menor efecto en aquel animal, que además era ladron en sumo grado y se apoderaba de todos los objetos brillantes que podia coger. Vivía mi amigo en el Cairo y habitaba la casa donde se halla la Administracion de la Compañía de las Indias Orientales; en el piso bajo estaban las oficinas y la caja de la Sociedad, y en esta última se han puesto fuertes barras de hierro para preservarla de los ladrones comunes, pero no de esa raza de rateros de que formaba parte el mono en cuestion. Cierta dia observó mi amigo que los buches del animal contenían alguna cosa, atrájolo hacia sí y examinó el contenido; en uno de ellos encontró tres guineas y en el otro dos, las cuales habia robado de la caja el mono. Como era natural, devolvióse el dinero á su dueño, y se le rogó que cuidase en adelante de cerrar sus ventanas á fin de evitar que el ladronzuelo hiciera otra de las suyas.

Yo llevé á mi pueblo un cercopiteco que se captó el afecto de mis padres y otras personas de la vecindad, pero cometió algunas travesuras. Atormentaba con frecuencia á las gallinas de mi madre, y era feliz cuando podia perseguirlas y asustarlas; recorría la casa en todos sentidos; visitaba la cocina y la cueva y penetraba en todas las habitaciones, desgarrando, comiendo y llevándose todo lo que era de su gusto. El era mas diestro que ninguno para descubrir los huevos de las gallinas, por mucho que los escondiesen en los rincones mas apartados. Hassan, tal era el nombre de mi mono, encontraba el nido y vaciaba los huevos, robo que le proporcionó cierto dia la oportunidad de dar una prueba de su inteligencia, verdaderamente humana. Habiéndole sorprendido mi madre con el hocico todo manchado con las yemas de los huevos frescos que acababa de sorberse, castigóle cual merecia, y al dia siguiente, el mono la llevó un huevo entero y lo depositó á sus piés, dejando oír un gruñido de satisfaccion, despues de lo cual se retiró. Los alimentos que mas le gustaban y constituían su mayor regalo eran la leche y la manteca, sobre todo esta última; bien pronto conoció á fondo la despensa; supo descubrir en qué sitios se encontraban sus manjares predilectos, y no desperdició nunca la ocasion de satisfacer su glotonería. Una vez le cogieron en la despensa y se le castigó, y desde aquel momento adoptó otro sistema mas seguro: llevábase la vasija á un árbol, y despues de comerse el contenido, la arrojaba al suelo, rompiéndola de este modo casi siempre. Pasados los primeros dias se le volvió á castigar por este hecho, y con gran satisfaccion de mi madre, llevábase siempre las vasijas vacías, pero enteras.

Nada mas curioso que verle trepar por la estufa, ó por el cañon de la misma si tenia cierta longitud; cuando el calor llegaba á ser insoportable, saltaba desesperado, poniendo un pié sobre otro y ejecutando así el mas extraño ejercicio que

imaginarse pueda; pero jamás se le ocurrió abandonar el puesto antes de haberse quemado.

Hassan se mostraba asaz indiferente con nuestros animales domésticos, pero trabó amistad con un cinocéfalo hembra que también había llevado yo, y se dejaba acariciar y cuidar por aquel mono como si fuese un niño, á pesar de que había alcanzado ya todo su desarrollo. Durante la noche dormía

siempre en los brazos del cinocéfalo y se enlazaban los dos tan estrechamente, que parecían un solo sér. Aquellos dos monos charlaban entre sí por medio de diversos sonidos guturales, y ambos parecían comprenderse perfectamente. A pesar de su edad, mostrábase mi cercopiteco muy obediente con su protectora, exactamente como el monito de que hemos hablado antes; seguía á todos los sitios donde la con-

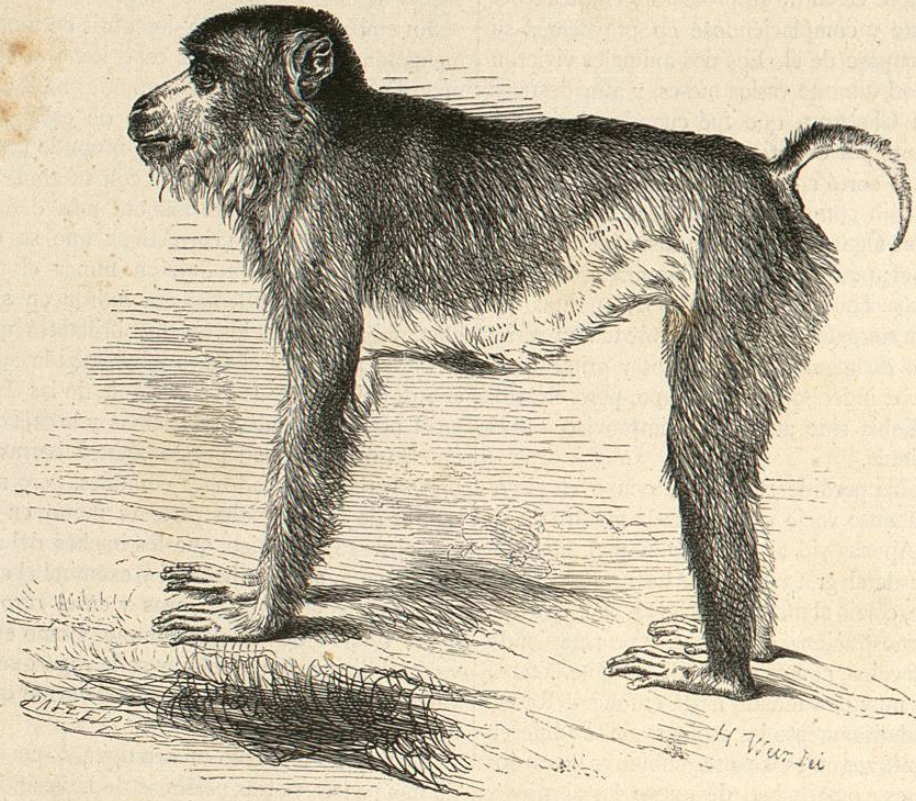


Fig. 53.—EL MACACO MAIMON

ducíamos; y entraba siempre en el cuarto donde llevábamos á su amiga. Solo con ella emprendía mas largas excursiones, y sin dejar de atender á sus quehaceres, nunca se alejaba mucho de la hembra. Soportaba con frecuencia sin impacientarse sus malos tratamientos, y lo compartía todo con su madre adoptiva, sin que esta manifestase agradecérselo nunca. Cuando Hassan quería guardar alguna cosa para sí, interrumpíase la paz entre los dos: el gran cinocéfalo se precipitaba sobre él como un animal furioso; abría la boca; le quitaba con los dedos el alimento contenido en su buche y se lo comía todo, arrimándole por añadidura una buena zurra.

Mostrábase Hassan muy amable con nosotros, pero conservó siempre su independencia. Obedecía á la palabra si le parecía bien y contestaba otras veces sin moverse de su sitio. Cuando le cogíamos, sujetándole por fuerza, hacia tales contorsiones, que no parecía sino que iba á morir; al dejarle en libertad, vengábase mordiéndonos y se alejaba en seguida dejando oír gruñidos de satisfacción.

Por desgracia, el segundo invierno riguroso que pasó en Alemania puso fin á sus días. A todos los de la casa les aflagió la pérdida, como si la muerte nos hubiera arrebatado á un niño, y cada cual olvidó sus innumerables travesuras para no acordarse mas que de su docilidad y alegría.

EL CERCOPITECO VERDE—CERCOPITHECUS GRISEO-VIRIDIS

CARACTÉRES.—Este mono, el *abulandi* ó *monas* de los árabes (*Cercopithecus Sabaeus*, *Simia Sabaea*) llega á una

altura media, de un metro, cuya mitad pertenece á la cola; la altura de las espaldas es de 40 centímetros. Los pelos sobre el espinazo son verde-gris, con manchas y puntos negros; los brazos, piernas y la cola son de un color gris ceniciento; las patillas tienen el pelo blanquecino con manchas negras en la raíz; los lados exteriores é interiores de las piernas son blanquecinos; nariz, boca, y cejas negras y la cara de color pardo-claro (fig. 46).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Probablemente no se distinguen los tipos del *abulandi* propios del oeste de África de sus congéneres de la parte oriental de dicho continente y por eso debemos suponer, que su propagación es mucho mayor de lo que hasta ahora se había creído; lo cierto es que se encuentra el *abulandi* desde la Abisinia, hasta los afluentes occidentales del Nilo, siempre que sean las regiones favorables para él.

Otros cercopitecos se distinguen por su hermosura. Una de las especies mas consideradas es:

EL CERCOPITECO DIANA—CERCOPITHECUS DIANA

CARACTÉRES.—Este cercopiteco (fig. 49) es un animal pequeño y bastante delgado. Se distingue por sus largas patillas y por su perilla. Su color principal es gris de pizarra, las espaldas son de color pardo tirando á púrpura; las partes inferiores blancas, los muslos amarillentos en la parte posterior. La hembra carece de barba. Su longitud total es de cerca de un metro, correspondiendo la mitad á la cola.

A la diana se asemeja mucho

EL CERCOPITECO MONA—CERCOPITHECUS MONA

CARACTÉRES.—Este cercopiteco carece de perilla. La cara y las extremidades son negras, el occipucio, nuca y espaldas castaños, la parte superior de la cabeza y el vértice de color pardo, mezclado de verde amarillo; sobre los ojos tiene una faja en forma de arco de color negro, y sobre esta, otra blanco pálido. Las patillas son amarillentas, la parte inferior del cuello, el pecho, el vientre y los antebrazos blancos. La longitud del cuerpo de un macho adulto es de 0^m,55, la de la cola 0^m,60. Ambos monos tienen su origen en el África occidental.

EL CERCOPITECO DE NARIZ BLANCA Ó ASCAÑO—CERCOPITHECUS PETAURISTA

CARACTÉRES.—Esta es otra de las especies notables del género, la cual se distingue por la coloración blanca de la nariz, que le ha valido su nombre específico (fig. 47).

No todos los cercopitecos son tan apacibles como las especies ahora descritas; varios parecen ser, al contrario, bastante gruñidores y fastidiosos. Entre estos debo citar el siguiente:

EL CERCOPITECO ROJO Ó PATAS—CERCOPITHECUS RUBER, PYRRHONOTUS Y PATAS

CARACTÉRES.—Este mono, que es probablemente el calitrico de Plinio, es el mas desagradable y aburrido de su género y sus inclinaciones no corresponden en nada con su hermoso colorido (fig. 48).

La longitud de su cuerpo es casi la mitad, ó una tercera parte al menos, mayor que la del mono anterior. La cara negra, la nariz blanquecina, las patillas blancas; sobre la cabeza tiene una mancha de color rojo oscuro rodeada de una faja negruzca, el resto del pelaje es luciente; en su parte superior de color rojo de almagra ó rojo de oro, y en el abdómen, los lados interiores de las piernas, los antebrazos y muslos inferiores, blanco.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El cercopiteco rojo habita en las regiones del África desde el oeste hasta Habesch; su número empero es mas reducido que el del mono verde ó *abulandi*. Yo, al menos, le he visto raras veces en los bosques del río Azul mas arriba de Sennahr. Heuglin y Hartmann le vieron, sin embargo, con mas frecuencia, sobre todo en páramos de escasos árboles ó en la alta y espesa yerba, con cuyo color se confunde el de su pelaje.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—En su modo de ser se distingue completamente del *abulandi*. Si se nos permitiese una comparación algo atrevida, aunque exacta, diríamos que su fisonomía se asemeja á la de un hombre que padece ataques hemorroidales, con todos los síntomas de esta enfermedad; es decir, siempre gruñidor y ceñudo, estando sus acciones en perfecta analogía con su aspecto. En su juventud se manifiesta bastante afable; pero conforme va teniendo mas años, crece también su irritabilidad de tal manera que á duras penas se puede tratar con él. Casi nunca tiene relaciones amistosas con otros animales, ni aun con sus mismos compañeros. Todo parece contrariarle y fastidiarle en alto grado; la acción mas inocente es para él una ofensa. Una mirada excitada en seguida su ira; la risa le pone completamente rabioso. En tal estado, abre la boca tanto cuanto puede, enseña sus dientes, extremadamente grandes, y prueba también, si le es

TOMO I

posible, á morder á su odiado adversario. Las buenas palabras no causan en él impresión alguna; los palos le acaban de irritar. No recuerdo haber visto un patas adulto domesticado; al contrario, no los he conocido sino rabiosos y malos. Recibimos estos prisioneros de la costa de Guinea y también algunos del Egipto, á donde el patas es importado del Sudan.

LOS CERCOCEBOS—CERCOCEBUS

CARACTÉRES.—Los naturalistas modernos forman otro género de cercopitecos mas robustos, con hocico mas largo, cejas levantadas sobre el hueco de los ojos, y tres tu-

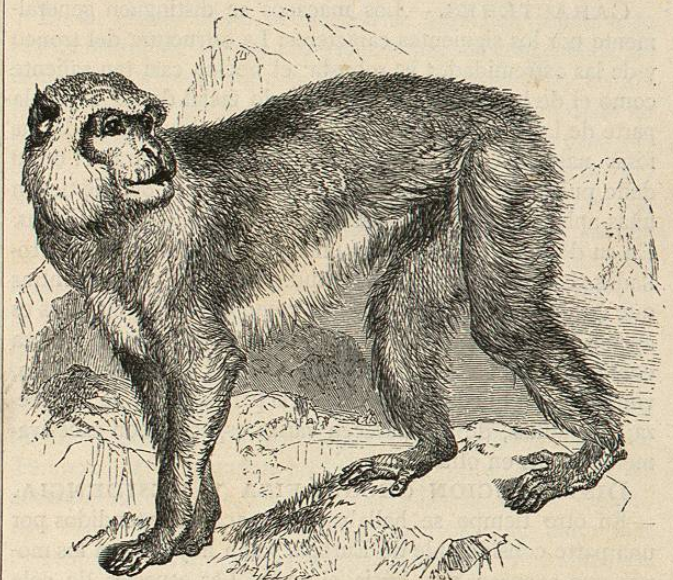


Fig. 54.—EL MACACO MAGOTE

bérculos en el quinto molar inferior, con el nombre comercial de *Mangabes* (*Cercocebus*), si bien se asemejan al *cercopiteco rojo* en todo lo mas esencial.

Uno de los tipos mas conocidos de este grupo es

EL CERCOPITECO FULIGINOSO—CERCOCEBUS FULIGINOSUS

CARACTÉRES.—Este cercopiteco, llamado también por los indígenas *Mono moro* ó mangabe común, llega á tener una talla bastante considerable; su longitud es de 1^m,25 de la cual 0^m,60 pertenecen á la cola; la altura hasta los hombros es de 0^m,40. El color de la parte superior es negro oscuro; hácia la inferior y lados interiores de los miembros, gris de pizarra. Tiene la cara y las manos negras, y los párpados superiores casi blancos (fig. 50).

Un congénere suyo (*Cercocebus, cercopithecus collaris*) se distingue por su pelaje castaño oscuro, mejillas, nuca y garganta blancas de nieve, siendo el resto del pelaje de un color oscuro de pizarra.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Ambas especies provienen de la costa occidental del África y son actualmente bastante frecuentes en nuestras colecciones.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—En su vida y costumbres se asemejan mucho á sus demás congéneres, pero noté que no se distinguían precisamente por su mayor amabilidad; al contrario, son mas gruñidores aun que aquellos. No son tampoco muy mordedores y se someten muy pronto á su guardian, cuando éste les cuida con solícitud; pero su